



Capítulo del 24 de febrero de 1882

PRIVILEGIO Y GLORIA DE LA CASTIDAD ES UN DON DE DIOS

Madre María Eugenia de Jesús

Mientras rezaba el Oficio, me he fijado en el Invitatorio tan hermoso y consolador para las que pertenecen a Dios por el voto de Castidad: "Al Señor, al Rey de las vírgenes, venid adorémosle".

Dios se gloria de ser Rey de las vírgenes, e invita a la Iglesia a adorarle bajo este título. Todas las categorías de santos no reciben nuestro homenaje bajo esta adoración; decimos "Rey de los Apóstoles", "Rey de los Mártires", "Rey de los Confesores". Sin embargo, las santas mujeres tienen otro Invitatorio; la Iglesia no las honra con los mismos himnos; aunque cuando se han consagrado a Dios en la vida religiosa, encuentran en gran parte la gloria y el privilegio de las vírgenes, en la práctica de la humildad y de las virtudes que se enlazan con la castidad. Este pensamiento me ha inspirado el deseo de hablaros del voto de Castidad. Tenemos una hermosísima Regla sobre este voto, pero creo que queda mucho por decir, para interpretarlo según el espíritu de nuestro Instituto. Quisiera pues mostraros cómo esta virtud se nos ha dado, cómo debemos conservarla y qué virtudes se vinculan a ella, porque me he dado cuenta que muchas religiosas no comprenden que tal o cual prescripción de la Regla esté justamente encaminada a salvaguardar la perfecta castidad en que deben vivir las verdaderas esposas de Jesucristo.

En primer lugar, ¿cómo hemos recibido el don, el privilegio de la castidad? No nos lo hemos conferido nosotras mismas. Hay una edad en la niñez, en la que el niño puede evolucionar hacia el bien o hacia el mal. Puede escuchar palabras que manchan o palabras que le inspiran respeto a la virtud, porque a la sensibilidad natural, se une un sentimiento sobrenatural que forman en él una repugnancia y un horror invencible hacia esta forma del mal. En este caso si la menor falta ensucia, la contrición es más fácil porque el sentimiento interno aleja de cuanto puede herir la virtud de la castidad.

¿Quién nos ha dado esa actitud interna? Dios. Así puso lo primero que tenemos que hacer al hablar sobre esta virtud, es agradecer a Dios que la ha conservado en nosotras.

Será con cierta extrañeza, y ahora lo comprendo mejor, que, si Dios ha mostrado tanto amor a los pecadores, especialmente a Sta. Magdalena, es porque el número de los elegidos que se salvan por la inocencia es como una gota de agua; la gran multitud de los salvados lo son por la penitencia.

¡Qué agradecimiento deben tener hacia Dios, aquellas que por una gracia especial están como establecidas en la inocencia! ¡Qué agradecimiento hacia los medios humanos de los que Dios se ha servido! Ahí se encuentra el gran motivo de agradecimiento hacia nuestros padres que

han alejado de nosotras las malas influencias: nos han preservado, guardado pero este cuidado hubiese sido insuficiente: nuestra inocencia es obra de Jesucristo y de la Sma. Virgen.

Niñas aún, nos hemos arrodillado ante el Alter. ¿Habéis recapacitado que desde el Sagrario Jesús actuaba en nosotras dándonos al atractivo por lo puro, por lo incontaminado? ¿Habéis comprendido que la Hostia blanca nos atraía por su pureza, que la Sma Virgen nos cobijaba bajo su manto material y así nos preparaba para las bodas eternas con su Hijo? ¿Y esta preferencia, por qué? Otras compañeras nuestras eran buenas, inocentes mejores seguramente que nosotras. ¿Por qué Dios nos ha llamado? ¿Por qué esta elección, este amor? Porque nos ha amado desde toda la eternidad. "In caritate perpetua dilexite". (Jer, 31,3). Creedme, hermanas, hay que afianzarnos en esta idea, cuando queremos adentrarnos en la virginidad y en la castidad, y porque la humildad es la salvaguardia de esta virtud, hay que comenzar por la humildad. Tenemos que decir con fe, agradecimiento y amor: "Dios mío, ¡qué bueno eres! ¡Cuántas personas, cuantos medios has empleado para guardarme para Ti! Ahora que lo comprendo, veo que por una gracia extraordinaria me has salvado y preservado. A mi me toca ahora, aprovechar toda ocasión para establecer en mi con toda perfección, con todo esplendor esta virtud que he recibido gratuitamente y casi a pesar mío".